

XIX

El magnífico verano estaba próximo á terminar; las hojas muertas comenzaban á arrojar por los prados unas manchas claras que daban al paisaje un tinte sumamente delicado, casi enfermizo, y el señor de La Brève, vencido por las dificultades de la vida, había ya renunciado á la lucha.

En un espacio de cinco meses había visto desfilar por su casa lo menos una docena de presuntos compradores, ninguno había querido ver más que el lado malo de la operación, ninguno supo apreciar el encanto de la casa, la belleza de las flores, ni aun la calidad de la tierra: no había oído más que inconveniencias, algunas poco delicadas; ninguno podía sospechar que un propietario es un ser como otro cualquiera, capaz de padecer si se le molesta; podría suponerse que los visitantes se complacían en desprestigiar, á veces con palpable mala fe, lo que tenían ante sus ojos.

En una palabra, el padre de Evelina se hallaba cansado, cansado de enseñar la Roseraie, y cansado, quizás, de vivir.

Eso está visto: durante largos años se soporta la fatiga, se sufren las penas con una fuerza que se extraña uno mismo, y luego, de pronto, por la menor cosa, el ser robusto se quiebra y anonada. Entonces es cuando amigos y conocidos exclaman: «¡Tan fuerte como parecía y ha sucumbido por una bagatela!»

¡Pues bien, sí! una nimiedad derriba el árbol por tierra, pero había recibido demasiados asaltos y las viejas heridas le han ido minando.

La Brève no había proferido queja alguna; mas, había ido disminuyendo sus paseos de día en día, hasta llegar á limitarlos al prado, desde donde contemplaba el Loire y sus colinas; y por fin, una mañana, sorprendida Elmira por no verlo bajar, subió á su cuarto.

—No he podido levantarme, mi buena Elmira—dijo el anciano con resignada sonrisa.

—Eso es un poco de cansancio, señor; pero no será nada; voy á prepararle á Vd. un buen caldo—repuso la noble criatura.

Arregló las almohadas del enfermo, y se trasladó á la habitación de la señorita.

—Señorita—le dijo,—su papá se halla muy enfermo.

Evelina, que estaba adornando un sombrero de fieltro con cintas, dejó caer sus utensilios.

—¿Papá? ¿qué tiene? ¡Ayer se encontraba muy bien!

—Hace mucho tiempo, querida, que su papá pade-

ce; aunque no ha querido nunca dejárselo ver á Vd., por miedo de alarmla... Desde la primavera pasada, ha cambiado poco á poco, y ahora está muy mal, muy mal... Siento mucho verme precisada á decirselo á Vd., porque le causará mucha pena...

Evelina escuchaba, muy pálida, llena de miedo y de dolor. La primera vez que el dolor verdadero, el que no procede de la imaginación sino del corazón, penetra en un ser, lo trastorna todo, produciendo en él un hueco, como la dinamita.

—¿Qué debemos hacer?—preguntó llena de angustia, sintiéndose desfallecer.

—En primer lugar, que vaya José á avisar al doctor Maugendre; y luego, querida mía, será preciso, según mi opinión...

—¿Qué?—preguntó Evelina al ver que Elmira titubeaba.

—Convendrá no volver á hablar de la venta de la casa, pues eso es lo que ha producido todo el daño.

Sin contestar, porque su orgullo acababa de padecer un asalto prodigioso, la joven se encaminó á la puerta. ¿Quién era una criada, por antigua que fuese en la casa, para dictarle su conducta? Demasiado sabía ella lo que debía hacer.

Al abrir la puerta del cuarto de su padre, en donde no entraba nunca, pues él se levantaba siempre antes que ella, Evelina se sintió contrariada.

La pequeña habitación, estrecha y baja, que ella había calificado antes de «nicho» parecía sumamente fría y triste aquel día de otoño. La lluvia, impulsada por las ráfagas, azotaba los cristales, en donde se des-

lizaba en lamentables cascadas, y las ramas de los árboles próximos sacudían lúgubrementemente la fachada.

—¿No se encuentra Vd. bien, papá?—preguntó Evelina, muy emocionada por el doloroso conjunto de aquel cuarto melancólico y la paciente resignación impresa en las facciones de su padre.

Los ojos de La Brève se iluminaban débilmente; extendió su fina y enflaquecida mano hacia su hija y contestó, con cierta fatiga:

—No es nada, querida; habré caminado demasiado, estos últimos días, por las viñas... Hubiera querido levantarme, hay que vendimiar la semana que viene, ó la siguiente, á más tardar; pero de aquí á entonces, ya estaré restablecido.

Su voz denunciaba menos esperanzas que sus palabras; era débil, apagada, sin inflexión como un hombre cuyas fuerzas se consumen.

—¿Que estará Vd. restablecido? ¡Claro que sí, papá querido!—repuso Evelina, cuyo corazón, de inocente pajarillo, sufría extrañas y penosas modificaciones.—Pero si quiere Vd. curarse más pronto, no debe de permanecer aquí! Va Vd. á instalarse en mi hermoso cuarto, al sol... hoy no entrará el sol, porque llueve á mares, pero esta tarde ó mañana aparecerá... ¡Y verá Vd. que bonito es cuando hace buen tiempo!

—No creo que pueda levantarme—replicó La Brève, con la repugnancia que las gentes enfermas tienen á cambiar de posición.

—Eso no es más que una mala postura—añadió Elmira, para animarle;—yo supongo que le molestará á usted algo levantarse; pero luego le producirá mucho

bien. ¡Vamos, un poco de valor! José le pondrá la bata y todo irá bien.

Cinco minutos más tarde, el señor de La Brève, con las piernas vacilantes, y la cabeza extraviada, apareció en el cuarto de su hija: apoyado en Elmira, llegó hasta la butaca que Evelina le acercaba; pero, apenas se hubo instalado en ella, extendió sus manos adelante, con el ademán de un hombre que se ahoga, y perdió el conocimiento.

—¡Ve á buscar el médico!—dijo Elmira á José que permanecía espantado, en frente de su amo—¡y no te entretengas en el camino!

El honrado hombre, salió á escape, mientras Evelina y su antigua nodriza se esforzaban en reanimar al paciente.

—He oído decir que conviene acostarlos... Espere usted, señorita, ahora lo echaremos en la cama...

Con aire heroico, Elmira, que no era ni alta ni robusta, en apariencia, levantó á su amo y lo acostó en la cama de Evelina; con algunas aspersiones de agua fría, y varias fricciones de agua de Colonia en las sienes, no tardó en hacerle volver en sí.

—Qué susto nos ha dado Vd.!—dijo la sirvienta, sonriendo, en cuanto los párpados del enfermo pestañearon para abrirse;—pero ya pasó. Abra Vd. la ventana, por favor, señorita, que el viento no sopla por este lado, y el aire le sentará bien.

Evelina obedeció dócilmente, confusa, avergonzada de creerse inútil, y más vergonzosa aun por haber tenido malos sentimientos hacía un rato, acerca de la humilde mujer que en aquel momento era muy superior á ella.

La Brève, demasiado trastornado para hablar y hasta para pensar, miraba vagamente en derredor suyo; su hija se acercó, cogió la mano que descansaba en el lecho, y la estrechó largo rato entre sus labios; luego abandonó afectuosamente la presión, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ahora no debe Vd. moverse, señor—dijo Elmira; —voy á traerle un poco de *cognac*, de ese que tenemos de reserva y luego se cerrará la ventana y arreglaremos un buen fuego. Aquí—añadió, cubriendo con una manta los pies del enfermo que ella acababa de descalzar,—estará Vd. muy bien así, con la cabeza alta... y la señorita le impedirá que hable.

Con una animadora sonrisa la buena mujer cerró la ventana y salió de la habitación; así que hubo desaparecido, Evelina sintió caer sobre sus hombros el enorme peso de una gran responsabilidad.

La Brève había cerrado los ojos, su respiración normal anunciaba una especie de somnolencia; la joven se separó despacito de la cama, pues el temor de producir el más leve ruido la disgustaba; atravesó, de puntillas, la inmensa habitación, cuyo suelo le parecía chillar como un animal maltratado, y se acercó á la ventana.

Triste era aquel paisaje azotado por la lluvia, en el cual las hojas desprendidas de los álamos atravesaban el aire enfurecido, cual aves emigrantes; tristes, el desolado jardín, las ramas de los rosales que se retorcián como brazos desesperados, el río de color gris sucio, desbordado sobre los prados en donde depositaba trozos de maderas, semejantes á ataúdes.

Triste también el hogar y la vida que Evelina miraba detenidamente, por primera vez, con sus temores, sus penas, y su posible luto...

A los diez y ocho años se debería vivir como una tórtola, cantar al sol y dormirse al crepúsculo, para despertar, al día siguiente, ebrio de luz y de día... Pero las tórtolas temen á los cazadores...

La vida es triste, Evelina, sobre todo, cuando sólo se ha querido ver su lado alegre, divertido, egoísta...

Con gran remordimiento y muchas lágrimas, la joven miraba al lecho de su padre. Elmira penetraba, entonces con el cordial en una mano, y un haz de leña seca, bajo el brazo. Dejó la leña en la chimenea y llevó el *cognac* al enfermo, cuyos ojos extraviados vagaban por el techo.

Mientras que con amables y fortificantes palabras, la sirvienta le obligaba á beber á pequeños sorbos, Evelina notó que el fuego no ardería por sí solo. Arrojada ante la vasta chimenea trató de avivarlo, no consiguiendo más que producir una gran humareda, hasta que la criada, que por prudencia rodaba arreglando esto y aquello en el cuarto, se aproximó á ella.

—Es difícil encender el fuego cuando no se tiene costumbre—dijo á media voz, con ese acento de buen humor que obliga á aceptar una intervención;—yo he necesitado más de veinte años para aprender. Vd. no tiene más que diez y nueve, señorita; por lo tanto, no puede saberlo... ¡Mire Vd., colocando estas virutas debajo y los leños encima, arderá muy pronto!

En efecto, ya empezaba á chisporrotear una llama

clara y el humo esparcido por la habitación, desapareció, en azules bocanadas, por la chimenea.

—Voy á preparar la comida—dijo Elmira, levantándose;—¡pues cuando hay un enfermo en la casa, no se debe ayunar!

La Brève parecía dormir; Evelina cogió de nuevo, maquinalmente, su empezada labor; pero los alegres colores de las cintas que tenía entre manos ofrecían demasiado violento contraste con sus preocupaciones, por lo cual, las abandonó, entregándose á una especie de meditación.

¡Cuán triste era encontrarse completamente sola, lejos de toda ayuda, sin parientes, sin amigos, y aun sin vecinos!... El doctor era un buen hombre, seguramente vendría lo antes posible; pero terminada su corta visita de médico muy ocupado, los días se hacían muy largos, hasta la fecha en que el señor de La Brève pudiera salir, para vigilar sus viñas.

Evelina había tenido mucho miedo de verle morir; pero ahora ya parecía conjurado el peligro; ¡la joven no quería creer que pudiera morir su padre! Este era todavía joven, y días antes se hallaba lleno de vida... ¿Era posible que, tan de prisa y sin motivo, se hubiera declarado una enfermedad grave, sin saberlo ella?

¡Elmira no sabía lo que decía! ¿Cómo podría haber causado tanto daño la idea de vender la casa? ¡Eso son absurdos que se meten en la cabeza de las gentes sin educación! ¡Y además, todavía no se había vendido la desgraciada casa ni estaba próxima á venderse!

Evelina empezaba á dudar de la eficacia de su panacea, pues los anuncios y el cartel sólo les habían

proporcionado, hasta entonces, muchos disgustos... Menos aquel día, en que tuvieron la visita de las personas que habían ganado á la lotería; pues con ellas se rieron á más no poder...

¡Qué lejos estaban aquellas agradables risas, y aquella visita, la de Max Buxy... No había vuelto á dar noticias suyas... ¿con qué pretexto? Tampoco se oía hablar de Nollard... En la Roseraie se había producido el vacío, pues las relaciones entre la vecindad, aunque muy amistosas, eran únicamente oficiales. ¡Qué largo sería este invierno!... ¡Y qué temprano empezaba!

El tiempo no tiene duración, cuando se medita; puede parecer muy largo y muy corto según esté uno dispuesto; Evelina se sorprendió mucho de oír rodar el tñburi del médico, que venía con José. Se sintieron en la escalera las pisadas del doctor, y en seguida penetró en la habitación; Evelina, nada más que con verlo, se encontró de repente más animada. La Brève volvió la cabeza y sonrió.

—¡Ah!—exclamó el buen galeno—¿ha hallado Vd. medio de obligarme á venir, á pesar mío? ¡Tenía que cortar una pierna, al otro lado de Loire, pero se esperará! ¿Qué tiene Vd., veamos? ¡En primer lugar, no puede ser nada grave! ¿Quiere Vd. tener la bondad de dejarnos solos, señorita Evelina? Pues debemos mover y remover por todos lados á este buen padre, para saber lo que tiene.

Evelina se retiró, silenciosamente; luego se introdujo en el cuarto de La Brève.

Con un claro rayo del sol de la tarde, hubiera po-

dido, en verano, parecer habitable aquel cuartucho; pero bajo la obscura luz de una mañana de invierno, parecía más triste que la muerte. Siempre muy limpio, gracias á los cuidados de Elmira, no tenía nada de lo que da vida y alegría; los muebles eran de una sencillez y de una pobreza, que contrastaban singularmente con las demás habitaciones, sobre todo, con la que ocupaba Evelina.

La joven se extrañó; de repente comprendió todo: su padre se había despojado de cuanto podía ofrecer algún interés, para dárselo, reservando para él los objetos indispensables, ó los que á causa de su fealdad, no se sabe donde guardar...

—¡Pobre padre mío!—se decía Eva.—Yo debería haber visto como vivía... ¡qué poco me he cuidado de él!

Para entretener su rato de espera, empezó á arreglar los libros diseminados por todas partes; en la mesa, junto á la cama se hallaba un tomo de Montaigne, estropeado por constante lectura; lo abrió y volvió á dejarlo; aquella filosofía no era todavía para su edad. Por fin, oyó la voz del doctor, en el pasillo, y corrió á él; éste la condujo hasta el fondo del «nicho» y la invitó á sentarse.

—Es Vd. muy joven, señorita—dijo;—pero debe de ser muy razonable, y voy á hablarle como á una mujer. Su padre no tiene nada, y, sin embargo, se puede temer todo; no tiene ningún órgano dañado, pero todos están gastados, como un piano en que se ha ejecutado mucho. Su papá ha debido tener grandes penas recientemente, pues á principios de verano tuve

oportunidad de examinarle, á causa de un reuma sin consecuencias y, desde entonces, su estado ha empeorado mucho. Las penas son un veneno, que va matando lentamente... no por sí mismo, sino porque quita fuerzas para obrar. Vd. es una señorita amable y encantadora, que ama á su padre: por consiguiente, le será fácil procurar al señor La Brève una vida agradable. Y, sobre todo, cuide de que no le hagan volver á enseñar su propiedad... ¿me entiende? Si es necesario, indispensable venderla, es preferible que la venta se realice á sus espaldas, y no imponerle el cansancio y el disgusto,... sí... digo bien, el disgusto de discutir sus intereses y los de Vd., con gentes mal educadas, necias, ó simplemente indiferentes. Esta, crea Vd., que es la primera condición para su restablecimiento, lo demás vendrá más tarde.

Evelina escuchaba con la cabeza inclinada, con aparente sumisión; pero en su fondo se sublevaba. ¿Con qué derecho se metía ese médico en lo que no le importaba?

Acostumbrado como estaba, á adivinar más de un drama de familia, encubierto por la enfermedad, no insistió, pensando, con razón, que el tiempo y los buenos sentimientos de Evelina harían su obra. Con gesto paternal, colocó su gruesa mano en los desplegados dedos de la joven.

—Ya se ve que quiere Vd. mucho á su padre—le dijo,—y estoy seguro de que lo cuidará muy bien. En medio de todo, más debe trabajar Vd. que yo. Tiene los miembros doloridos, por el exceso de fatiga en las viñas; pero eso no es nada, y desaparecerá antes de

ocho días; mas su debilidad será larga... se ha excedido, ha abusado; todo el mundo abusa, incluso yo, que debía hallarme cortando una pierna, allá abajo en la Vendée... Afortunadamente, he traído á mi criado, y él guiará el coche; de lo contrario, mi mano temblaría... Hasta otro día, hija mía.

Imprimió á su despedida, toda la ternura de su buena naturaleza y se marchó; después de bajar dos otros escalones, volvió á subir:

—Será mejor que no obliguen Vds. al enfermo á que se levante hoy: pues mañana podría volverse á su antigua cama.

—No tenga Vd. cuidado, doctor—repuso Evelina,—no abandonará el cuarto que ocupa ni hoy ni mañana ni en los días sucesivos.

En efecto, por más que protestó La Brève, su hija no quiso consentir, de ninguna manera, que volviese á su «nicho». Demasiado débil, para luchar mucho tiempo, se adormeció á la caída de la tarde y Evelina aprovechó para instalarse en el pequeño cuarto con su caja de costura y algunos accesorios. Elmira insistió en velar al enfermo y ganó la partida; se acostó en su catre en un rincón de la vasta pieza; pero no pudo pegar los ojos en toda la noche.

Cuando, al amanecer, fué Evelina á relevarla de su guardia, pudo contemplar el tranquilo sueño de su padre. Al contemplarlo de cerca, para buscar las huellas del cambio de que había hablado el doctor Mangendre, notó, en efecto, que sus cabellos habían encanecido mucho; varias arrugas sobre los ojos, indicaban que había pasado largas y dolorosas noches en

vela; los extremos de la boca se hundían en un pliegue de melancolía; en realidad, los seis meses precedentes habían causado en aquel hombre, un destrozo como varios años.

—¡Pobre padre mío querido!—pensaba Evelina,—¡no tengo más que á él, y, sobre todo... él no tiene más que á mí!

Las lágrimas cayeron en ardiente lluvia, en sus dedos, en su ropa, hasta el extremo de tener que retirarse para ocultarlas. Evelina lloraba muy rara vez, y, hasta entonces, sólo había conocido lágrimas de impaciencia ó de disgusto; pero ahora, con las del dolor, sintió la joven que se renovaba su alma.

El cartero apareció á la hora acostumbrada, portador de una carta, cuya letra fué reconocida, con sorpresa, por Evelina. ¡Su madrina le escribía tan poco! Después del nacimiento de su hijo, no había dado siquiera señales de vida. ¡La lectura de la misiva le reservaba una buena sorpresa!

Su esencia era, poco más ó menos:

«Te he tenido muy olvidada desde el día de mi boda, y no sospechaba que procedía mal; pero un acontecimiento imprevisto me ha abierto los ojos. Mi hijita ha caído enferma, y durante varios días, hemos estado temiendo perderla. Entonces me he preguntado qué podría ofrecer á la providencia, para rescatarla, y me percaté de que, después de haberte educado en la idea de que tú serías mi heredera, había obrado muy ligeramente, no haciendo nada para asegurar tu suerte. Ahora, tengo una heredera natural, y no podría despojarla; pero he depositado, á tu nombre, en una

casa de banca de Nantes, la cantidad de veinte mil francos, que podrás recoger cuando gustes. Eso no es lo que hubieras poseído á mi muerte, si no me hubiese casado; pero siempre he pensado vivir muchos años, y, además, «más vale un toma, que dos te daré».

—¡Papá! exclamó Evelina, entrando en el cuarto, con la carta en la mano,—¡mira, aquí hay con qué renovar las viñas!

Acto continuo leyó á su padre la comunicación de su madrina, y La Brève, sin parecer sorprenderse, manifestó un verdadero placer.

—No por mis viñas, querida, ya comprenderás—dijo,—ese dinero es tuyo, y no puedo distraer de él un solo céntimo; pero me alegro por ti; si yo...

No terminó su pensamiento, y su hija no se atrevió á hacer ver que lo había comprendido. Después de la larga mal avenencia que los había conducido hasta la actualidad, no estaban seguros de entenderse á medias palabras; y, por otra parte, el médico había prohibido toda clase de emociones; sin duda, ya llegaría el día en que pudieran hablarse con toda confianza.

El domingo siguiente, llegó el doctor, con aire importante y casi misterioso. Halló al enfermo en bastante buen estado; después de auscultarlo concienzudamente, se sentó con comodidad.

—No acostumbro á visitar los domingos, pero podremos charlar un poco ¿verdad?—dijo Mangendre—¿No saben Vds. la noticia? ¡Pobre Nollard! ¡Ya no les volverá á molestar á Vds. ni á nadie! ¡Se ha muerto! ¡Por un accidente, como un tonto! Estaba de excursión en Suiza. Al contemplar una hermosa mujer que

entraba en un barco, en el lado de los Cuatro-Cantones, dió un paso en falso, y cayó.

—¿Se ha ahogado?—preguntó La Brève con verdadera compasión, pues su buen corazón le inspiraba piedad aun para las gentes de la calaña de su vecino.

—¡Cuando menos, eso hubiera sido poético, y la dama lo hubiera agradecido, al saberlo! No. Pero cogió un reuma; él, dado su carácter, no quiso escuchar á nadie y se trasladó no sé á qué montaña, en donde, según parece, reinan fuertes corrientes de aire... En una palabra, ha muerto de una pleuresía. ¡Dios le haya perdonado!

—¡Pobre hombre!—dijo La Brève—no era malo... no era molesto.

—No, pero no será muy llorado, pues no supo hacerse simpático á nadie. ¿Dónde está su perro, señorita Evelina?

—Creo que en el jardín, doctor. ¿Por qué?

—Ahora podrá dejarle que ande por todos sitios. Supongo que el joven heredero no tardará en venir por aquí.

—¿Quién?—preguntó La Brève—que no gustaba de comprender á medias palabras.

—Buxy, ese amable muchacho. Cuando digo heredero, es porque así lo espera todo el mundo, aunque no se sabe nada con certeza. Pero Nollard no tenía más parientes, ni amigos; ¿qué ha podido hacer de su dinero?

La Brève no lo sabía, Evelina tampoco; la pregunta, por tanto, quedó sin contestación.

Cuando el prolijo doctor hubo salido, Evelina se

acercó y apoyó cariñosamente su cabeza en el hombro de su padre.

La noticia que acababa de oír no la había emocionado; y en su interior, experimentaba una especie de satisfacción al pensar que no volvería á ver á aquel hombre fastidioso; pero el paso de la muerte por la casa vecina, le había producido cierta conmoción que la turbaba. El anciano acarició con su delicada mano, los cabellos de su hija, y le dijo:

—Ese hombre no era malo, puedes estar segura; ¿supongo que ya no lo detestarás?

—Ahora que se ha muerto, no le aborrezco... nada, nada, padre; pero esta mañana le odiaba todavía un poco.

—Es bastante natural; sin embargo, eres rencorosa, querida mía.

Eva se sonrojó.

—No sé—repuso—si soy rencorosa, en general; creo que no; pero me era antipático... porque por él tuve aquella dislocación que me ha tenido tan enferma; cuando sucedió yo estaba furiosa, y la idea de que Nollard tuvo la culpa, me era desagradable. ¿Convenirá Vd., conmigo, que no tenía motivo para estar muy contenta?

—¡Contenta, sería mucho pedir!—replicó el padre, sonriéndose.—En fin, lo esencial es que le hayas perdonado.

Exhaló un suspiro de cansancio, y se dejó caer en su almohada. Había salido de la cama para instalarse en una butaca; pero su debilidad era aún muy grande, y lo que más le afligía, sin quererlo confesar, es que,

no sentía deseo alguno de volver á su vida activa, ni posibilidad alguna de adquirir de nuevo sus costumbres.

Evelina le contemplaba y leía ese pensamiento en aquel rostro envejecido tan rápidamente.

—Pronto estará Vd. mejor —objetó, acariciándole afectuosamente la mano.

El anciano sonrió y la miró con una especie de agradecimiento; en realidad la estaba reconocido por que la amaba, á pesar de lo tarde que había ingresado en la vieja y querida casa, que debió encontrar triste.

—Eso desearía yo—replicó el padre, para no entristecerla—pero las uvas maduran sin esperarme...

Evelina reflexionaba, con las cejas algo fruncidas por el esfuerzo de su meditación, en la que parecía absorberse.

—¿Es muy difícil vendimiar?—preguntó.

—No; sólo se necesita cuidado y orden.

—Orden ya tengo; cuidado... creo que puede tenerse, aun para las cosas que uno no conoce, aplicándose un poco... ¿Cree Vd., que, con José, por ejemplo, podría yo reemplazarle?

—¡Eh! ¡queridita, no sabes lo que es eso! Hay que permanecer en las viñas desde por la mañana, vigilar á los que trabajan, animarlos, y, á veces, reprenderlos; hay que asegurarse de que el lagar se halla limpio, y que las cubas están en buen estado... ¡Esos son cuidados, cosas... de hombres!

—¡Naturalmente, pero creo que mi personita valdría más que nada!—observó Evelina, con encantadora sonrisa.

—Sí... pero ¿y el cansancio?

—¡Oh! yo soy fuerte, papá! ¡No lo sabe Vd. bien! El otro día, para probar levanté una de esas grandes tinajas de barro que hay en el lavadero... ¡nunca hubiera creído que podría conseguirlo! Y el año pasado, no hubiera podido; aquí es donde he adquirido mis fuerzas; ¡en Vigeran, era más débil que una malva!

Su padrela miraba con ternura. Era verdad. Había crecido un poco; y sobre todo, su delicado talle se había desarrollado; ella estaría, quizás, más delgada que cuando llegó; pero se la veía más fuerte y más fina. ¡La Roseraie había sentado muy bien á aquella niña que no lo quería! ¡Pobre Roseraie! ¿quién sabe si al año siguiente, haría la vendimia el mismo propietario? ¿quién sabe si existiría entonces el viñedo?...

—¡Queda dicho, papá!—exclamó Evelina.—Yo seré la primera vendimiadora. Pero habrá que encargarme de un cuadro en que haya sol.

—¡Haremos lo que se pueda!—respondió el padre, riéndose con ella.

Aquel día ninguno de los dos habló de Buxy, ni tampoco durante los dos días sucesivos, y sin embargo, ambos pensaban en él constantemente; ¿iría á tomar posesión de su herencia, ó no lo volverían á ver?

XX

Sentado en su escritorio, con la ventana cerrada, pues una borrasca de otoño doblaba los árboles del Luxemburgo y la lluvia corría por los cristales, Max Buxy meditaba profundamente.

Dos ó tres veces había cogido, para volverla á leer, la carta que provocaba su meditación, luego la abandonaba humorísticamente; ¿no sabía lo que encerraba aquella carta?

Por fin, se decidió y recomenzó la lectura, despacito, con cuidado, cual si la viera por primera vez y quisiera comprenderla por completo.

«Querido Max—decía la epístola—has hecho muy mal en no haber venido conmigo, cuando te invité; además de que yo hubiera pasado el tiempo más agradablemente de lo que lo he pasado, hubieras ganado más de lo que puedes imaginarte. Me has dejado que

me marchase solo, he cometido una imprudencia, y me encuentro muy enfermo, más de lo que quiere hacerme creer el médico que me asiste; pero yo sé como estoy; sé perfectamente que tengo una fluxión en el pecho, y que eso es cosa de cuidado.

Ahora que tengo la cabeza despejada, deseo comunicarte el empleo que he dado á mi fortuna, para que no creas, cuando yo muera, que he procedido contigo con negligencia ó maldad.

Me has reprochado á menudo, en mi vida, que no sabía emplear mi dinero de modo útil; tal vez tendrías razón; pero cuando uno se ha visto obligado, durante su juventud, á privarse de todo, y se encuentra luego al frente de un buen capital, sin haber saboreado las cosas costosas, se ve uno, á veces, muy embarazado.

Desde el día en que te separaste de mí, en el andén de la estación de Chantocé, he pensado mucho. En primer lugar me dije que hacías muy mal en no acompañarme cuando yo me veía disgustado, ó cuando menos, fastidiado; luego, reflexioné que eso merecía un castigo para enseñarte á tener buen corazón. Y después, me acordé de muchas cosas que tú me habías dicho; si ahora hubieses estado aquí, me hubieras dicho otras que tal vez me las hubieran hecho olvidar.

Entre esas cosas, me contaste que á los Americanos les gusta fundar establecimientos ó instituciones, ó museos, en fin, algo que lleve su nombre y que los haga recordar cuando han muerto. Esa es una idea magnífica, y á fuerza de meditarla, me he decidido á cumplirla yo mismo.

Por consiguiente, he legado mi fortuna, á la ciudad de Cannes, para construir en ella una especie de sanatorio (no un hospital, que es muy triste), en donde se admitirá á los hombres sin fortuna (no á las mujeres), convalecientes de alguna enfermedad del pecho. Permanecerán en él, desde seis semanas, hasta tres meses y se divertirán allí. Quiero que el sanatorio sea alegre y habrá en él un billar y una enorme bola, como la de los Housseaux. Y será llamado, la casa Nollard.

Tú, que me has inculcado la afición á las fundaciones benéficas, tal vez encuentres mal que eso te perjudique; pero, en este mundo, para hacer bien á unos, hay que perjudicar siempre á otros, y tú que tienes un alma generosa, creo que quedarás menos contrariado que si fueses un egoísta, como yo.

Para consolarte, te lego los Housseaux, con las tierras anexas. No es gran cosa, y no veo lo que podrás sacar de esa propiedad, pues eres tan agricultor como yo; pero tú tienes la culpa. Yo te dije que procurases conseguir la Roseraie; si me hubieras hecho caso, hubieras tenido ahora las dos propiedades y juntas hubieras podido venderlas á buen precio, ó alquilarlas. En fin, ahora, eso es cuenta tuya.

No recibirás esta carta hasta que yo haya muerto, aunque sea de aquí á veinte años que no creo, y me figuro que no nos volveremos á ver en este mundo. Trata de ser feliz á tu manera, ya que cada uno tiene la suya.

Tu pariente y amigo,

«HIPÓLITO NOLLARD.»

Esta vez Max debía de saberse ya de memoria la carta; pues se había estudiado hasta las más inocentes comas. La dejó en la mesa con aire desanimado, y exclamó:

—¡Vamos, no llegaré á saber si se burla de mí ó si es sincero, aunque me inclino á creer lo segundo. ¡No ha obrado mal, pues no me debía nada, absolutamente nada! Yo he sido, en efecto, quien le ha sugerido la idea de una fundación benéfica, lo recuerdo muy bien, y al administrarme esa justicia, me hace entrar por mitad en su obra; ¡en realidad, la casa debería llamarse casa Nollard y Buxy! Pero esto parecería una razón social de comercio... Nunca seré rico, porque los trabajos históricos le conducen á uno á toda clase de distinciones honoríficas, pero no producen más que eso. ¡Los Housseaux no es una casa habitable! Allí lo único que hay verdaderamente cómodo y apropiado á su destino, son las cuadras; pero como yo no soy más que un hombre... ¿Cuando la pobre Roseraie haya sido vendida, á dónde irá su propietario? Y *ella*, ¿con qué marido se marchará? ¿Qué haré yo con los Housseaux, sobre todo, cuando ya no estén allí esos buenos vecinos?

Esa corriente de ideas no era de las que más le gustaban; para distraerse, cogió una carta de un notario, que acompañaba á la de Nollard, y sobre la cual sólo había echado una ojeada distraída.

—¿Cómo? — exclamó después de leerla — ¡Los Housseaux es tan grande! Mi tío hablaba de su propiedad, como de una provincia; pero nunca creí que comprendiese todas esas pequeñas dependencias...

¿Luego, eso me proporcionará una renta de dos, tres ó cuatro mil francos? ¡Pues, con lo que yo poseo, ya soy rico!

Se levantó; una singular alegría excitaba á su sangre á circular por sus venas; una necesidad de andar, casi de correr, le sacudía con pequeños estremecimientos. Cogió su sombrero y su paraguas y se marchó al Luxemburgo, á pesar de la borrasca, que arrancaba á los árboles sus últimas hojas muertas.

—¡Tengo unos diez mil francos de renta! — se decía, caminando por las alamedas, sin preocuparse de los charcos — ¡más ese horrible edificio de los Housseaux, cuyo jardín es tan bonito! Luego, puedo, escoger, entre ser rentista en París, ó propietario rústico en el campo, puedo... ¡Oh! ¡Evelina! si no hubiera nacido ella para el lujo...

Su corazón se oprimía; la idea de que la señorita de La Brève no se casaría más que con un hombre rico era de las que no autorizan á decir nada; en la primavera se habían hecho buenos amigos, á causa del perro, naturalmente; ¿pero en qué podría alterar eso los planes del joven? La Roseraie seguía puesta en venta...

—¿Y si yo comprase la Roseraie? — se preguntaba Max, con amargura; ¡pagándola muy caro, constituiría un dote á la ambiciosa personilla! ¡Eso sería muy necio! — dedujo — y además, su padre se moriría de tristeza.

La lluvia había cesado; pero el viento destrozaba los árboles; un rayo de sol penetró de repente entre las desnudas ramas, convirtiendo los charcos en espejos, y Max se fijó en que no había comido.

—¿Qué va á decir la señora Charles?—pensó.—
¡Yo que soy la exactitud en persona! según decía mi profesor de retórica. Vamos á comer mi chuleta, que ya estará seca, y luego, esta noche... sí, esta noche, por el tren de las ocho... ¡pues bien, sí! me marcho á los Housseaux. Así como así, el notario me da prisa y hay que complacerle.

XXI

—Señor—dijo José, con su sombrero en la mano, en pie ante la butaca donde descansaba su amo,—ya es hora de vendimiar, las uvas no quieren aguardar más. Si el señor tiene confianza en mí, se verificará la vendimia, sin que el señor se moleste.

—No hay más remedio, José—repuso La Brève con un desaliento en que entraba algo de amargura.—Haga Vd. lo que pueda; contrate á los obreros.

—Ya están contratados, señor: si no me hubiera anticipado, como ya ha llegado el buen tiempo, y todos los propietarios quieren vendimiar en la misma fecha, nos encontraríamos sin gente; así es, que podremos empezar mañana por la mañana.

—¿A qué hora debo levantarme?—preguntó Evelina.—¿Será demasiado pronto á las cuatro?

—¿Usted, querida señorita?—exclamó José sorprendido.—¿Desea venir á ver á los vendimiadores?